

## ¿Presidente AMLO?



**Alan Stoga**  
Presidente de Zemi  
Communications.

HACE SÓLO SEIS años, Vicente Fox aún no aseguraba la nominación de su partido y pocos, además de sus colaboradores cercanos, creían que tenía una oportunidad real de ganar la presidencia mexicana. Pero, a la larga, Fox triunfó sobre el legado de 70 años de control político del PRI, en parte, al venderse a sí mismo como el candidato del cambio.

Desafortunadamente, la primera gran victoria de Fox fue prácticamente la última, ya que México ha cambiado muy poco durante su administración. Su partido, el PAN, está debilitado y dividido. Sus operadores políticos no han sido capaces de convertir la popularidad de Fox en un poder pragmático, y él no ha logrado superar los atrincherados intereses políticos que se opusieron a su elección. La realidad es que Fox ha resultado ser un mejor demócrata que presidente, lo cual no es suficiente para que un país sea exitoso en el siglo XXI.

El juicio de las elites empresarial, política e intelectual mexicanas es brutal. Ellos quieren una democracia competitiva, pero también extrañan los días de un liderazgo presidencial fuerte, decisivo. Si fueran forzados a elegir, muchos de ellos elegirán esto último. Ante sus ojos, Fox ha sido casi un fracaso.

La incapacidad de Fox para cambiar México es el telón de fondo para la próxima elección presidencial. De alguna manera, la campaña, que comenzó hace mucho tiempo, se enfocará en determinar quién podrá realmente traer cambios al país. Y, como en el 2000, la elección terminará siendo más sobre personalidades que sobre partidos –lo cual no debe sorprender en un país que durante casi todo el siglo XX conoció un solo partido en el poder.

Mientras el PRI ha demostrado la adaptabilidad de su organización política, sigue cargando con el legado de su historia corrupta y con un liderazgo nacional poco inspirado. El PAN parece un partido en declinación, con miembros tradicionalistas del partido más interesados en recapturar el control en manos de los foxistas que en gobernar o ganar las elecciones. El izquierdista PRD ha pasado a ser el partido dominante de Ciudad de México y en algunos de los estados pobres del centro y sur, pero carece de una estructura nacional efectiva.

Sobre este fondo monótono, Andrés Manuel López Obrador, jefe de gobierno de Ciudad de México por el PRD, ha emergido como una de las personalidades políticas sobresalientes de México y el más precoz en la carrera a la presidencia. AMLO es populista, nacionalista, contrario a la globalización, e instintivamente contrario a EE.UU., a la antigua tradición del PRI,

partido del que desertó años atrás. Como otros populistas latinoamericanos, AMLO apela a los millones de pobres, quienes fueron dotados de derechos y libertades durante los últimos 10 o 20 años, pero que poco se han beneficiado de hecho (y nada en percepción) de la liberalización económica de los 90.

Si la elección fuese mañana, lo más probable es que AMLO ganaría. No sólo porque sus adherentes forman el grupo electoral más grande. También porque es más fácil movilizar con retórica populista, tal como lo han demostrado Luiz Inácio Lula da Silva, Hugo Chávez, Néstor Kirchner y otros gobernantes latinoamericanos. Es una simple regla de la política latinoamericana actual: los pobres, quienes ya no temen votar en pro de sus intereses, preferirán al que ofrezca cambiar su condición de pobres. Y ése es AMLO.

La tentación es predecir que la elección de AMLO es inevitable. Pero los mexicanos no votarán hasta julio de 2006, una eternidad en política electoral. AMLO podría enfrentar a candidatos inteligentes que le obliguen a definir su política para el país y a defender su pobre registro en la conducción de Ciudad de México.

Si AMLO elige enfocar su campaña en la gente que más probablemente votará por él, en vez de enfocarse en el voto de centro, entonces sus oponentes podrían tratar de vencerlo al unirse y apelar a la clase media que sería la mayor perdedora si es que el país toma un giro hacia la izquierda.

Pero este escenario no tiene tanta probabilidad como la victoria de AMLO, especialmente porque el centro y la derecha política mexicanas parecen incapaces de definir algo parecido a una estrategia política coherente. De hecho, hasta ahora sus esfuerzos para enfrentar a AMLO sólo lo han transformado internacionalmente en el niño símbolo de la democracia mexicana.

Ahora el debate se enfoca en cómo gobernaría AMLO: si será un “radical de izquierda” a la Chávez o un “pragmático social demócrata” a la Lula. Lo más probable es que un AMLO presidente sea un mexicano nacionalista tradicional. Más un Echeverría que un Salinas. Entre alguien que cree que el adecuado modelo económico debe estar enraizado en una era de grandes empresas estatales (o locales) que el gobierno puede controlar, y alguien que cree que México debe hacerse globalmente competitivo para prosperar.

El problema es que, para los simples de mente, México es el prisma por el cual EE.UU. –y quienes comparten una visión de la región centrada en EE.UU.– miran y entienden la región. Así, lo que ocurra con AMLO, ocurre con América Latina. Para bien o para mal. ■